

# **FOLLETO TEOSÓFICO COLOMBIANO**

**Edición especial**

**Número 52**

## **De la separatividad a la unidad**

**Por Gabriel Burgos Suárez**

## DE LA SEPARATIVIDAD A LA UNIDAD

GABRIEL BURGOS SUÁREZ

(Unidad).  
(Separatividad)

(Creciente separatividad)

ESPÍRITU

ESTADOS PSICOLÓGICOS

CUERPO FÍSICO

En el mundo físico nos sentimos separados. Para casi todos los seres es una sensación muy real, la unidad no la pueden percibir, les choca, les parece una estupidez. Todo en el mundo les está mostrando que las cosas y los seres son infinitas unidades separadas; que lo más importante es el “yo”, primero yo...”

El egocentrismo y el consecuente egoísmo rigen la vida y la conducta de casi todos los seres. La consecuencia de esta manera de ver el mundo y de considerarse separados de todo y de todos es el tremendo caos producido por el hombre en todos los campos: racismo, lucha de clases, guerras religiosas, machismo, desconocimiento de los derechos ajenos, despotismo, falta de respeto cívico, desorden, crueldad, guerras, abusos de todo orden, deseo insaciable de riquezas y placeres, y mil formas más que han hecho la vida tan amarga, especialmente para los más débiles e indefensos.

Hay otro factor que ha agravado la situación: es la tremenda identificación con este mundo físico. Es cierto que todas las grandes religiones nos han estado hablando desde tiempo inmemorial de una naturaleza espiritual, inmortal, eterna, que sobrevive a este cuerpo físico que apenas dura unos cuantos años, pero poco y casi nada se piensa en esta naturaleza espiritual, lo “real” es este cuerpo físico y este mundo físico; la naturaleza espiritual es muy vaga, lejana e incómoda.

Podría objetarse que los templos, las mezquitas y las sinagogas se llenan en los días señalados para ciertas ceremonias; que los católicos se confiesan en algunas ocasiones, bautizan a sus hijos, van al templo a casarse, y cumplen con la obligación de celebrar una ceremonia cuando muere un ser querido a quien despiden con la esperanza de que vaya al cielo eterno. Piensan que por todo esto son religiosos. Y por el estilo piensan los que pertenecen a otras religiones.

El ser “religioso” se ha vuelto un aspecto formal, de simple cumplimiento de ritos y ceremonias; tal vez también de prácticas devocionales con el objeto de que se les concedan sus deseos mundanales.

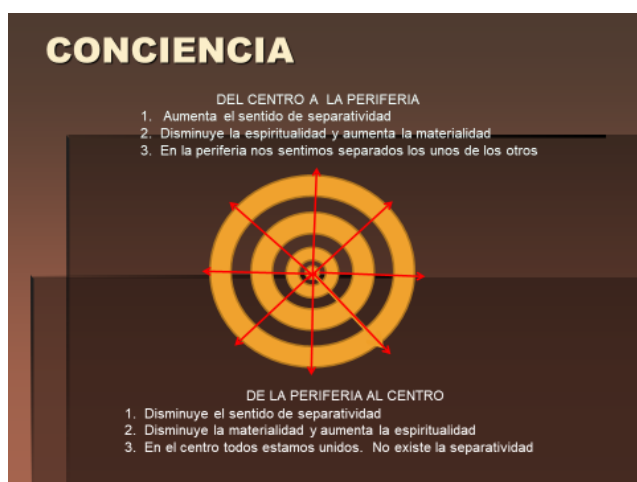
Pienso que el mal se ha hecho más grave aún por la idea presentada por algunas iglesias a sus seguidores, de que un arrepentimiento de última hora o la bendición de un representante de Dios en la tierra le abre las puertas del cielo, aunque su vida haya sido contraria a la que

se le ha mostrado como verdaderamente religiosa. Esta es una posición falsa, naturalmente, pero al creerla cierta, es muy cómoda para el ser egoísta que vive para satisfacer los impulsos de su naturaleza física y psicológica, mientras que atropella a quien se le oponga.

Pero las cosas no suceden así. Éste es un mundo creado por Dios, regido por leyes inmutables. El que viola la Ley Natural tiene que sufrir las consecuencias. Nadie lo castiga. Simplemente ha roto el equilibrio de la naturaleza y tiene que restablecerlo con dolor.

Cuántas penas y amarguras nos evitaríamos y le evitaríamos al mundo y a nuestros semejantes, a los reinos animal y vegetal, y a toda la naturaleza, si de verdad tuviéramos una recta actitud religiosa. Esta actitud debe surgir de un conocimiento profundo y de un sentimiento real de que hay una sola Vida en el universo. Esa única Vida que todo lo penetra es la Vida Divina que lo mismo está en un átomo que en una estrella, en un pecador que en un santo, en la más pequeña de las criaturas que en los más Grandes Seres que podamos reverenciar.

Analícemos un poco más esta idea a través de la siguiente gráfica.



Del centro —«Unidad»— hacia la periferia, hay una creciente separatividad. Por el contrario, de la periferia hacia el centro, hay un creciente acercamiento a la Unidad. En la periferia cada yo separado busca su bienestar, comodidad, placer, riqueza, etc. Si todo lo que lo rodea contribuye a ello, se lleva bien con el entorno y quiere que todo permanezca igual. Si lo que está a su alrededor lo molesta, lo rechaza, en ocasiones violentamente: al cónyuge, padre, madre,

amigo, colega, vecino, policía, político, etc. El resultado es un conflicto. Trata entonces de cambiar su posición. Cambiar de ambiente, de cónyuge, de oficina, de país, etc. Se vuelve a acomodar, hasta que surge un nuevo conflicto. Y así estamos en perpetuo cambio porque buscamos la solución en la periferia.

Mientras exista el “yo”, que está en la periferia, y nos identifiquemos con él, habrá conflicto. Esto sucede a nivel individual, de personas, o también de grupo; grupos étnicos, religiosos, políticos, incluso naciones, y así sucesivamente.

Jamás podrán arreglarse de manera permanente los conflictos en el nivel externo. Y es lo que hemos venido haciendo por miles de años. Tratamos de encontrar la solución en el campo de la separatividad, lo cual es imposible. Parece que los problemas se arreglan, pero vuelven a surgir en otra parte y de otra manera. Tratamos nuevamente de reubicarnos para sentirnos cómodos otra vez.

Cuando los problemas están lejanos, cuando no nos tocan, parece fácil solucionar los problemas de los demás. Pero si nos tocan buscamos soluciones que le agraden a nuestro “yo” aunque incomode a otros. No buscamos soluciones que sean buenas para el mundo sino para nosotros mismos. Y así los conflictos nunca tienen fin.

La solución comienza cuando empezamos a amar, como nos lo indican el Señor Cristo y el Señor Buda. Pero cuán pocos en el mundo saben amar; la unión es generalmente en la periferia, nada más.

Hay un nivel en el que dos “yoes” separados se identifican plenamente, se confunden, se vuelven uno solo. Es el nivel Búdico o Intuicional. Allí no hay conflicto porque no hay dos sino uno solo. Es un viaje de la separatividad a la Unidad. Y si se puede lograr esto con un ser, se podrá lograr con otro, y otro... y muchos otros. El amor de Cristo abarca a toda la humanidad y a todas las criaturas. Lograrlo depende de cuánto nos hayamos acercado al centro donde no existe sino la Vida Una. Esto es una expansión de la conciencia y para ello estamos en el mundo.

Es importante darnos cuenta de que ese centro no está lejano en un Dios extracósmico. Dios habita en lo más profundo de nuestro corazón, está en cada uno de nosotros. Por consiguiente, el viaje es hacia el interior.

El problema de la vida espiritual no se soluciona simplemente con una comprensión intelectual ni hablando y discutiendo sobre él. Esa comprensión debe convertirse en un modo de vivir. Nuestra meta es realizar la Unidad de la Vida. Debemos proponernos viajar de la periferia hacia el centro, de la vida separada a la Unidad. En eso consiste la evolución de la conciencia.

Si como vimos antes no es posible una solución duradera a los problemas de la existencia si tratamos de encontrarla en la periferia, también es cierto que todos los conflictos se resolverán cuando logremos realizar la Unidad de la Vida. No hay otro camino.

